

¡‘Good bye’, castellano!

JOSÉ ANTONIO MARTÍN-PEREDA

Nadie se escandalizaría si afirmase que España no va a ser nunca la primera potencia mundial en microelectrónica. Ni que nuestros desarrollos en comunicaciones ópticas no van a superar a los de Japón o Estados Unidos. Hay batallas que se deben dar por pérdidas desde un primer momento porque autoengañarse sólo conduce a malgastar tiempo y dinero. Para ser número uno en algo son precisas una serie de circunstancias previas que hay que tener presentes y, si no se tienen, hay que resignarse al puesto que se pueda conseguir.

Pero lo que no tiene perdón, por muy benevolente que se sea, es tener todos los condicionantes para poder alcanzar el primer puesto en un determinado campo, y hacer todo lo posible por no serlo. Dado lo que se ve a nuestro alrededor, España, nuestro país, que estaba en condiciones de poder haber sido el primero en un cierto terreno, está haciendo todo lo posible para no serlo.

¿Qué campo puede ser ése? Pues el más obvio, el más evidente, el único en el que nadie debería ser capaz de trabajar en él con más ventajas que nosotros. Me estoy refiriendo al que tiene que ver con la lengua española, o castellana, o de Cervantes, o como se la quiera denominar. Si las cosas siguen por el camino que van, dentro de muy poco, los ciudadanos alemanes, o los británicos, o los de Estados Unidos, o los de Japón, podrán hablar y escribir un español mucho más culto, más correcto, más puro, que la mayor parte de los alumnos que salen de nuestras universidades y que los sufridos habitantes de nuestras ciudades. Su español será mejor que el que tenemos todos nosotros, y que es el resultado de ver, día tras día, nuestras televisiones y leer nuestros libros técnicos.

No es difícil darse cuenta de que nuestra lengua cada vez es menos nuestra. Que, cada día, igual que vamos perdiendo mercados para nuestros productos, vamos perdiendo capa-

cidad de usar palabras en castellano. Barbarismos y anglicismos de todo tipo se multiplican. Empieza a ser peligroso, incluso, usar palabras medianamente cultas porque se corre el peligro de que nadie las entienda.

Una de las excusas que más proliferan es la de que no tenemos palabras para expresar muchos de los conceptos y de los desarrollos que se están realizando en ciencia y tecnología. Es evidente que, a lo largo de la historia, se han introducido términos para designar todo aquello que no estaba presente en nuestro vocabulario. Así se introdujo, hace tiempo, la palabra *álgebra*, y hace no mucho, *láser*. Y así se introdujeron, en otras lenguas, las nuestras *guerrilla* y *liberal*. Estos hechos revitalizan los idiomas y hacen que no mueran.

Pero lo que sí hace que mueran es introducir palabras que no hacen falta, porque tenemos las nuestras propias, y escribir párrafos ininteligibles, originados en traducciones hechas por ignorantes de nuestra lengua.

Entre las más gloriosas aberraciones que tienen lugar en este terreno se encuentran las que se pueden localizar en la infraliteratura técnica que circula por nuestro país. Literatura que, por otra parte, es casi la única que leen muchos de nuestros universitarios. La Universidad, que debería ser faro de cultura, de bien hacer y de biendecir, es hoy faro de deformaciones y tergiversaciones lingüísticas.

No hace falta rebuscar mucho para encontrar innumerables ejemplos. Tomando un libro, casi al azar, de los publicados en la ETS de ingenieros de telecomunicación, que es la que tengo más próxima, podemos encontrar perlas como las siguientes: "... otro programa lee la netlist y realiza el rutado del diseño de acuerdo a un algoritmo...", "por ejemplo, que... un contador se resetee en el valor deseado", "los manuales deben ser claros, organizados jerárquicamente e incluir

tutorials", ... La colección de exabruptos podría propagarse hasta el infinito. No hay página en la que no aparezca uno. Esto, estoy seguro, ocurre en la mayor parte de la literatura técnica que se lee en nuestras escuelas técnicas superiores y en nuestras facultades. Y no sólo en los libros publicados por ellas, sino también en los publicados por editoriales de renombre. Hay trozos que son traducción literal, palabra a palabra, del inglés. Lo que quiere decir que hay que saber inglés para poder leerlos en castellano.

Y esto no afecta sólo a la lengua. Al mismo tiempo que se destruye a ésta se destruye también a los conceptos asentados desde antiguo. No es sólo el típico *billón*, que ya nunca se sabe, cuando aparece, si es el nuestro o el inglés. Afecta también al punto y a la coma. Conozco un libro en el que todo el texto está cubierto de *puntos flotantes*, cuando en nuestro idioma es *coma flotante*; como todo alumno de BUP sabe, las comas expresan decimales y no los puntos. Pero al llegar a la Universidad lo olvidan. Claro que en este terreno nuestros políticos y ministros no han sido nuestros mejores maestros.

No hay más que recordar cualquier día de elecciones, cuando, una vez tras otra nos martillean con "Partido X, cinco punto tres por ciento de los votos. Partido Y, dos puntos siete...". La televisión sirve de plataforma para destruir, de manera uniforme, lo poco que nos pueda quedar de castellano puro. Recuérdese, en estos días, la invasión de anuncios con coches provistos de *air-bags* y vuelos *non-stop*.

¿Qué se puede hacer? No sé si la medida tomada en Francia puede ser la más adecuada. En cualquier caso, creo que el tema es lo suficientemente preocupante como para que vuelva a él en una próxima ocasión.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.